

MAJARÓN

Manuel Moya



Ediciones Baile del Sol



Apdo. Correos, 133. 38280 Tegueste. Tenerife. ISLAS CANARIAS
<http://www.bailedelsol.org> - E-Mail: bailesol@idecnet.com

Yo lo que quiero, lo único que quiero, es que me dejen en paz.

MOHAMMED CHUKRY

Me liberé y fui

K. KAVAFIS

*Para los compas de la “U***”, Luengo, Macarrilla, Maxi, Castaño...
Para Francis Vaz
para Helena y Julio*

Querido Manuel,

Cómo me alegró tu rápida contestación. De la gente de la “U***” puedo decirte que sólo he tenido pequeños contactos con Nando «El Sosqui», a partir de coincidir con él en Jerte, hará 10 años. A Alesillos, el pelirrojo, me lo encontré en el metro y me dio la impresión de que seguía siendo el de siempre, no sé si me explico. Navas me escribió una vez y me dijo que se había hecho testigo de Jehová y que andaba por Almería. También a Marino, el que se pasaba todo el rato cantando a Sandro Giacobbe, le vi durante una buena temporada, pues vivía (ahora no sé) no lejos de mi pueblo, pero luego desapareció o cambió de trabajo o de casa. Y últimamente mantuve contacto con Amarilla, que trabajaba en el hospital de Getafe, con Belenguer, que tiró para Granada. Amarilla tuvo un accidente y anda un poco cojo de una pierna, así que le dieron la jubilación y se compró un apartamento en Cullera, donde vive como Dios. Algún día iré a verle. Tampoco he sabido nada de Juárez, de Maxi o de Castaños, que creo fue alcalde de Viandar de la Vera. Un día, en el periódico, leí un artículo sobre ti y me dije que con esa cara y esos apellidos, fijo que tenías que ser quien compartía cuarto con Majarón, el que perdió la olla y luego montó la que montó —dios, aún me entran escalofríos—, y ya nada fue lo mismo. Pero, claro, tú ya no estabas para verlo y, en cierto sentido, te envidio, porque es jodido ver cómo el lugar donde has pasado los últimos cinco o seis años de tu vida se derrumba de la noche a la mañana. Del resto de compas, nada, como si se los hubiese tragado la tierra. ¿Se habrán convertido en sal, habrán perdido la llave, se habrán desvanecido? Ya sin bromas, fueron tiempos duros, pero en

el fondo no nos fue tan mal. Al menos yo guardo buenos recuerdos de esos años.

RUFINO LUENGO

(e-mail, Madrid, 3 de marzo de 2006)

ENTONCES. Justo entonces. Entonces me prometí salir de allí aunque fuera lo último que hiciese en toda mi vida. A bocados, si fuese preciso. Estábamos los dos en la habitación. Yo con el entripado aquel que no me había dejado dormir en los últimos tres días y él a lo suyo, haciendo por milésima vez el as de guía, ¿tú te imaginas, chacho, cuando salgamos de este sitio? Si es que salimos, respondí.

—Alegría, chaval, que papá Ignacio nos mostrará el camino del cielo.

—¿El camino del cielo? El camino de las sombras, querrás decir.

La frase retumbó en mí, como si en vez de una frase fuera una piedra que cayera en el agua helada de un pozo. Booooooom. El camino del cielo y el camino de las sombras, me repetí, y de pronto me imaginé al padre Ignacio, como un pastor, con sus polainas de borrego, su zurrón, su cayado, su honda y su todo, bordeando los abismos, conduciéndonos por el camino del cielo, jo, qué gracia.

—¿De qué te ríes?

—Del fuego divino.

Desde la ventana, el pueblo parecía un lagarto pudriéndose al sol. Lo había visto pudrirse allí durante los últimos cuatro años, pero no me acostumbraba. No acababa de acostumbrarme.

—Chacho, tú te imaginas.

—¿Imaginar qué? —Respondí casi sin darme cuenta, porque mi cabeza estaba ya ocupada en otras cábalas.

—Coño, que esto se pusiera a arder de buenas a primeras, tú. Los pabellones, el jardín, el estanque, los peces... Como en unos fuegos artificiales, Troyita. Chac, chac, todo ardiendo y nosotros echando leches por esos campos de dios, Troyita, ¿tú te imaginas?, con el corazón capaz de reventarnos dentro del pecho.

Esa frase es la que se me vino a la cabeza cuando una semana más tarde —pero, dios, parecía que hubiera pasado un siglo— vi a

aquel tipo tendido sobre el terrazo. Los fuegos artificiales. Troyita, chacho, ¿no te das cuenta?, es gratis soñar. Tú lo que estás es majarón. No era aquella la primera vez que había visto a un muerto tan de cerca, a mis pies. Durante cuatro años y medio había llevado a mi padre agarrado a los huevos y ahora todo lo que quería era desprenderme de aquello, hacer mi camino, empezar en otra parte, muy muy lejos de allí. En fin, los acontecimientos se habían ido precipitando a mi alrededor de una manera que hasta yo estaba sorprendido, porque no dejaba de ser desconcertante que las cosas, generalmente esquivas, tortuosas, poniéndose siempre en contra de nuestros deseos, decidieran tomar ahora los cauces precisos que les había ido abriendo mi imaginación. Porque, de pronto, todo el horizonte nocturno que me había rodeado después de la última conversación con mi madre, se había iluminado como si acabaran de abrirlo con unos alicates. Fuegos artificiales, había dicho Majarón. Durante más de cuatro años me habían tenido allí, chapoteando en el fango, y ahora sólo me quedaba esperar a que llegaran los papeles para marcharme con los del otro ala, y allí acabar de pudrirme de una vez. Porque estaba seguro... ya nadie iba a mover un solo dedo por mí. Después de que el cielo se me hubiera caído encima varias veces a lo largo de las dos últimas semanas, era de imbécil creer en un destino distinto al que tenía asignado. Ya hablaremos tú y yo, me había soltado un par de días antes el gilís aquel y eso sólo podía significar que para mí los días en la U*** estaban contados, pero yo no estaba dispuesto a dejarme cazar así como así, y, en todo caso, tenía que concebir un plan para que, pasara lo que pasara, no me encerrasen donde los locos. Cualquier cosa menos eso. Pero no sabía cómo empezar. Después del lío que había montado mi tía, y que amenazaba con llevarse todo aquello por delante, me veía de cabeza en el mundo de las sombras. En los últimos días, todos andaban muy ocupados tratando de salvar sus culos. Pero cuando había perdido toda esperanza y me veía atravesando ese largo corredor de la demencia y del vacío, me llegó la luz. Querían caldo, pues les lloverían las tazas. El gilís, el primero. Mientras veía a Majarón hacer una vez más el as de guía o ahorcaperros, el nudo que les gusta hacer, Troyita, a los lobos de mar, me golpeó la luz como si viniera envuelta en un guante de boxeo. Y lo curioso es que esa luz, esa

misma luz, había estado girando sobre mí los últimos cuatro años, y yo, a fuerza de tenerla tan cerca, tan al alcance de la mano, no la había visto hasta entonces. Dios santo, cómo no se me había ocurrido. Escaparía. Saltaría el muro de la única manera en la que alguien como yo podía saltarlo. Y comencé a dar vueltas y más vueltas al plan, mientras me ejercitaba en el as de guía, Troyita, primero haz un lazo al final de la cuerda, así, ¿ves?, luego pasas el cabo por detrás y lo metes por el lazo, bien, y ahora viene lo difícil porque tienes que pasar... Un plan sencillo, claro, sin riesgos, que dejase las cosas claras desde el principio.

—¿Un plan?, chacho, ¿tú te imaginas?

—¿Cómo que pasar la cuerda por detrás...?

—Pues pasándola, Troya, Troyita, Troya, tríncame la polla, pasándola.

Trata de verlo por el lado bueno, cariño. Por mal que estemos ahora, es mucho mejor que entonces, cuando vivía tu padre. No le des más vueltas. Aunque se cansen de decirte, tú sabes mejor que nadie lo que pasó y lo que iba a pasar. Era él o nosotros, Héctor, o él o nosotros, así de fácil. No dejes que nadie te meta basura en la cabeza. Cinco años pasan en un rato, cariño. Cinco años es nada, si lo comparas con la vida. Cuando salga, serás un muchacho. El muchacho más guapo y más alto del mundo, pero no tienes de qué temer. Ya no puede ocurrirnos nada. Pagaremos y viviremos, así de claro. ¿Qué sentido tiene que te pases el rato dándole vueltas a lo que ya no tiene remedio, cariño? Nos queda toda la vida. Trata de verlo por el lado bueno. Que estás en el campo. Que hace sol. Que están llegando las cigüeñas. Eso que me cuentas de los cazadores y los perros persiguiendo las liebres. Es bonito imaginarlo. Al menos tú ves el campo. El cielo rojo que me cuentas. Todo eso, cariño. Cuando vuelvas a abrir los ojos, estaremos juntos. No hay nada que nos pueda separar. Tenemos que ser fuertes. Lo pasado nos ha hecho fuertes. Desde ahora ya no tendremos que temer a nadie. Nos ha costado aprender a ser nosotros. Que no se te olvide nunca esto. Pero, dime, ¿sigue bonito el campo? Es tierra, mamá, sólo tierra. Matas, muchas matas, piedras negras, agujeros, no sé. Un árbol aquí y otro allá. Llano, como la palma de la mano, aunque, a lo lejos, dicen, se ven montañas azules, pero están lejos. Dicen que en invierno se llenan de nieve, pero ahora son azules.

Espérate a que se ponga a nevar, entonces verás lo que es bueno. ¿Peor que en el otro colegio? Bah, mucho peor. ¿Y salen sabañones? Como elefantes, chacho, más grandes que elefantes, me dice Medina, que es de quinto y duerme en mi misma habitación. Medina se lleva todo el rato haciendo los nudos marineros que saca

de un libro que le regaló un tío suyo. ¿Es que te vas a meter a marinero? Marino mercante, chaval, para follarme a todas las niñas de todos los puertos, tú. A ver, chaval, ¿tú sabes la diferencia entre marinero y marino?

Pero al menos hay cigüeñas. Eso sí. Son bonitas las cigüeñas. Sí, sobre todo cuando abren las alas y parecen aeroplanos de verdad.

—¿Estás llorando, mami?

Es peor darle vueltas a las cosas, Héctor. No me llames Héctor. Ay, hijo, cómo eres. Tu padre te llamaba Héctor y yo te llamo Héctor, ¿qué hay de malo en llamate por tu nombre? Héctor sólo me lo llama mi madre. Mejor no pensar. ¿Para qué?, ¿qué ganas con eso? Total, las cosas que pasaron, pasaron y por más que uno les quiera dar la vuelta... Ese doctor, como se llame, tiene razón. Al menos en eso, tiene razón. Lo he llamado ¿sabes? Todavía todo está muy fresco, dice. Ya te irá sacando toda esa basura. Por ahora hay que esperar. La mente humana, dice, es como un estanque. Tiras una piedra y se mueve todo el agua, de modo que hay que esperar hasta que otra vez se vuelva tan lisa como un espejo, Hectorcito. Paciencia. Eso me ha dicho. Esperar. Luego, ya hablaremos. Tú haz caso a lo que te digan, aprovecha el tiempo. No descuides, porque tienes que salir de aquí, y no dejaremos que te hundas. Siempre hacia adelante. Eso es. A lo que te queda por vivir. Ahora todo es nuevo. Es normal que te sientas extraño. Un día te volverás a casa. Porque aquí te espera tu casa de siempre, donde volverás a estar con los tuyos.

Todo tiene un límite, Héctor. Mírame a mí. ¿Tú te crees que para mí todo ha sido una fiesta, que no he pasado por pruebas tanto o más difíciles que las tuyas? Hoy todo lo ves negro. Yo también lo veía todo negro. Tenía veinticinco años y no sabía por dónde tirar. Todo se me hacía un mundo, Héctor. Te lo juro. Pero tomé una decisión y salí a flote. Tómala tú. Imagina un estanque tranquilo, de espejo. Imagina que le tiras una piedra y se pone a hacer círculos, ondas. Esa es ahora tu cabeza. Como el agua cuando, plaff, le has tirado una piedra, ¿sí? Tú, trata de mirar hacia adelante. ¿Sabes la historia de Orfeo y Eurídice? Un día te la contaré, descuida. A todos nos han ocurrido cosas. Pregunta a tus compañeros. A ése, ¿cómo se llama? ¿Medina? Sí, a Medina. Pero

Medina, está majarón. Todo el mundo se lo dice. ¿Y tú, se lo dices? Le gusta que le llamen Majarón. Él también lo tuvo difícil. Llegó aquí en condiciones mucho peores que las tuyas, Héctor. Pero Medina, Medina... Me ha contado Alesillos, el de quinto, que la madre se metió una botella entera de lejía y se murió... Pero eso nadie lo sabe. Ni siquiera nosotros sabemos eso. ¿Entonces se lo han inventado aquí? Por si acaso, Héctor, tú no te creas nada de lo que te cuenten, ¿de acuerdo?

—¿Y de usted?

Medina duerme conmigo en la habitación. Es alto y fuerte y vale para correr porque dicen que tiene el corazón de una vaca. ¿Se puede tener el corazón del tamaño de una vaca, mami? ¿Y cómo es ese Medina, qué hace ahí? ¿En el colegio, dices? No lo sé. Él no habla más de que quiere ser marino. Le llaman Majarón. Majarón por aquí y Majarón por allá. ¿Y no se pica? ¿Picarse? Él nunca se pica. Le gusta. Lo único que le pasa es que tiene el corazón del tamaño de una vaca y un día, dicen, se le va a salir del pecho, Troyita, como a las liebres.

Eso y que su madre se metió un bote de lejía, ¿tú te imaginas? Pero Héctor, cariño. ¿Tú sabes la diferencia entre marinero y marino? Toca, toca, chaval. Con este corazón soy capaz de follarme a quince tías al mismo tiempo. O cruzarme el Atlántico entero. Estaría bien cruzarse el Atlántico y acabar en América, chacho, con billetes por todas partes y, venga, *love* mía, aquí invita el Medina. Pero a Medina le falta voluntad. Con los libros, con las carreras, con todo. Con todo menos con lo de pasarse el día haciendo nudos. A veces se lo llevan por ahí, a los campeonatos esos. Pero vuelve sin medallas. ¿Dónde has dejado las medallas, Medina? A ver, chaval, ¿me has visto tú cara de gilipollas de las medallas? Seguro que llegaste el último, Medina, con tu corazón de vaca y todo. Seguro que te sacaron cinco vueltas. Y dale, chacho, dale. ¿Te pregunto yo lo que te pasa cuando vas a ver a ese gordo hijoputa del Iniesta? Me paso por los huevos las medallas, ¿sabes?, así que se las regalo a las chavalitas. ¿A las chavalitas, qué chavalitas, Medina? Sí, qué pasa, a las chavalitas. Dicen que Medina está majarón de la cabeza y por eso se pasa todo el día haciendo nudos, por no hablar de las chavalitas. Es como su obsesión, chacho, ¿tú te imaginas? El

padre, la madre, bueno, esas cosas para él no cuentan. Si lo llaman es para decirle que se le ha muerto alguien. Pero a él le da igual. Que revienten, dice, como reventó mi madre, chacho. Borrar lo que no sirve, Troyita. Yo antes era como tú, pero un día me di cuenta que no sirve de nada sufrir. Lo que sirve es follarse a las chavalas, Troyita Troya, tríncame la polla. ¿Sabías que hay siete chavalas por cada tío? ¿Tú te das cuenta? Por eso están deseando que uno se las folle. Siete para cada uno, piensa, piensa un poco. ¿Te has follado a alguna, tú? El día que salga de aquí, no voy a parar de follar en un mes. ¿Y cuándo te irás? Cuando se me hinchen los huevos, chacho.

Tú tómate tu tiempo, Hectorcito. Este sitio no es para ti. Ahí sólo están los que no tienen a nadie y tú nos tienes a nosotros. La familia de tu madre, claro, ni se preocupa ni nada. Como si lloviera. ¿Han venido a verte, Hectorcito? Claro que no. No tienes que hablar. Ésa fue la equivocación de tu padre. Cuando se es joven se cometen errores. Uno cree que la vida es uno de esos cuentos de princesas. Pero la vida es dura. Ya te darás cuenta. Ése no es sitio para un niño sensible como tú. Bien que se lo dije a tu madre. Bien que le dije que traerte aquí era desgraciarte. En el otro, al menos... pero, claro. Tú lo que tienes que saber es que yo estaré aquí. Sólo tienes que llamarme, Hectorcito, llamarme. Se me parte el alma de verte en un sitio como éste, tan a trasmano de todo, con todos estos locos por ahí, Hectorcito, con gentuza como ése de la lejía. ¿Medina? Medina, ése. ¿A ti te parece, con todos esos brutos, con todos esos gamberros medio locos? ¿Consiente tu madre tenerte aquí? Con tal de alejarte de nosotros... pero tú, tranquilo, Hectorcito, cariño. No me llames cariño. Ay, mira, bueno, mira que eres arisco, ni Héctor ni cariño, vamos, que ya ni sé... En cuanto tú te decidas... Supongo que no te pegarán, ni te insultarán, ni te dirán cosas esos perdidos. Tú a éstos no les perdones ni una. En cuanto te digan, al director. De cabeza al director... antes de que suceda una desgracia. Hablaré con él y le pondré los puntos sobre las íes. Para que sepa con quién se juega los cuartos, para eso y porque tú no eres un Medina, que no se le olvide.

¿Al director? Pero, chacho ¿tú sabes quién es el director? ¿Tú sabes a qué se dedica el director? Se ve que no conociste al maricón de Fuentes. Una mañana se lo encontraron en el estanque

de los peces. ¿Por maricón? Peor, por gilipollas. Un día te contaré. ¿Fuentes era ése que la chupaba por un paquete de galletas? Ese mismo. ¿Y a ti...? Pues claro, tú. Y era gilipollas porque a mí no me gustan las galletas. Se las hubiera dado gratis. ¿Y tu padre, Medina, y tu madre? ¿Ésos? Bah. Dice que está la mar de bien sin ellos. Mi madre se piró. No quería vivir en este sitio de mierda. Pero para vivir no hacen falta los padres. Ya ves los curas. Los padres son igual que los curas, sólo que mucho peor, aunque los curas son todos unos maricones y los padres unos sí y otro no, depende. ¿Los padres...? ¿Para qué queremos a los padres? Mi madre, le digo... Chacho, tú es que estás en babia. Cuando pases a quinto, verás. Los padres son lo peor que le puede pasar a uno. Aquí, por lo menos, hay veces que te dejan en paz. Serán igual o peor de cabrones, pero te dejan en paz. Como si les dieran cuerda, tú. Una vez vino mi viejo a buscarme y acabé majarón perdido. ¿Y entonces para qué te quieres escapar? Por las chavalitas, chacho. Chavalitas que sepan comprenderme, Troya. Que me den cariñito por todos lados, mmmm, y que se dejen follar, que se dejen follar, sí señor. Por los puertos esos, Troyita, ¿tú te imaginas?

—Tú lo que estás es majarón.

—Follar, follar, chacho, hasta que se te salga el corazón por la boca, ¿tú te imaginas?